

18 HORAS ANTES





## LIBBY

Si de mi buró saliera un genio de la lámpara, le pediría estos tres deseos: que mi madre estuviera viva, que jamás me volviera a suceder nada malo ni triste, y que me aceptaran como miembro de las Damas del colegio Martin Van Buren, el mejor grupo de porristas del área de los tres estados.

«Pero ¿qué pasa si las Damas no te aceptan?».

Son las 3:38, y a estas horas de la madrugada mi mente empieza a dar vueltas, salvaje y descontrolada, como hacía mi gato *George* cuando era pequeño. De pronto, ahí va mi cerebro, trepando por las cortinas. Ahí está, columpiándose en la estantería. Ahí está, con la pata metida en la pecera y la cabeza bajo el agua.

Me quedo tumbada en la cama, con la mirada perdida en la oscuridad. Mi mente se dedica a rebotar por todo el cuarto.

«¿Qué pasa si te vuelves a quedar atrapada? ¿Qué pasa si hay que derribar la puerta de la cafetería o la pared del baño para sacarte? ¿Y si tu padre se casa y luego se mue-

re y tú te quedas con la nueva mujer y con los hermanastros? ¿Y si tú te mueres? ¿Y si el cielo no existe y no vuelves a ver a tu madre?».

Me digo a mí misma que tengo que dormir.

Cierro los ojos y me quedo muy quieta.

Muy quieta.

Por unos minutos.

Obligo a mi mente a tumbarse a mi lado y le digo: «Duerme, duerme, duerme».

«¿Y si llegas al colegio y te das cuenta de que las cosas cambiaron y los chicos son diferentes y, por mucho que lo intentes, jamás podrás estar a su altura?».

Abro los ojos.

Me llamo Libby Strout. Seguro que has oído hablar de mí. Seguro que has visto el video donde me tienen que rescatar en mi propia casa. Según el último recuento, ya lo hicieron 6,345,981 personas, así que no me extrañaría que tú fueras una de ellas. Hace tres años, yo era la Chica más Gorda de Estados Unidos. Llegué a pesar 296 kilos, así que tenía unos 226 kilos de sobrepeso. No siempre he sido gorda. Muy en resumen, te diré que mi madre se murió y yo engordé, aunque de algún modo todavía sigo así. Mi padre no tiene la culpa de nada.

Nos mudamos a otro barrio, en la otra punta de la ciudad, dos meses después de que me rescataran. Hoy en día puedo salir sola de casa. He bajado 136 kilos. El peso de dos personas juntas. Aún me faltan unos 86 kilos, pero eso ahora no me preocupa. Me gusta ser quien soy. Para empezar, ahora puedo correr. Y subirme a un coche. Y comprar ropa en el centro comercial en lugar de encargarla. Y puedo girar sobre mí misma. Quizá eso sea lo mejor

de ahora comparado con aquel entonces, aparte de no pasarme el día temiendo algún fallo orgánico.

Mañana es mi primer día de clases desde que estudié el quinto año. Mi nuevo título será el de Chica de Colegio. La verdad, suena mucho mejor que aquello de Chica Más Gorda de Estados Unidos. Pero no puedo evitarlo, estoy MUERTA DE MIEDO.

Me va a dar un ataque de pánico.



Todavía no ha sonado la alarma y ya me está llamando Caroline Lushamp, pero dejo que entre el buzón. Sea lo que sea, no puede ser bueno, y todo será por mi culpa.

Me llama tres veces y deja solo un mensaje. Estoy a punto de borrarlo sin escucharlo siquiera cuando me pregunto si se le habrá averiado el coche y necesita ayuda. Al fin y al cabo, llevo cuatro años saliendo de manera intermitente con ella. (Somos la típica pareja. Esa pareja que se pasa la vida saliendo y cortando y todo el mundo da por supuesto que acabaremos juntos para siempre).

—«Jack, soy yo. Ya sé que nos estamos tomando un tiempo o lo que sea, pero es que se trata de mi prima. MI PRIMA. ¡Como lo oyes, Jack, MI PRIMA! Si querías vengarte de mí por haber cortado contigo, entonces felicidades, cretino, lo lograste. Si me ves hoy en clase o por los pasillos o en la cafetería O EN CUALQUIER OTRO LUGAR DEL PLANETA, no me hables. Mira, hazme un favor y vete al infierno».

Tres minutos más tarde llama la prima. Al principio me parece que está llorando, pero después se oye a Caroline por detrás, y la prima empieza a gritar y Caroline grita también. Borro el mensaje.

Dos minutos más tarde, Dave Kaminski me manda un mensaje de texto para avisarme que Reed Young quiere patearme la cara por haberme ligado a su novia. Le contesto: «Te debo una». Y va en serio. Si me pongo a contar, Kam me ha ayudado a mí más veces de las que yo lo habré ayudado a él.

Todo este relajó por una chica que, la verdad, se parecía tanto a Caroline Lushamp que la confundí con ella; por lo menos, al principio. Así que, aunque suene raro, Caroline debería tomárselo como un cumplido. Es como reconocer ante todo el mundo que quiero volver con ella, aunque cortó conmigo la primera semana de verano para poder salir con Zach Higgins.

Se me ocurre mandarle un mensaje para decírselo, pero en vez de eso apago el teléfono y cierro los ojos para comprobar si soy capaz de retroceder hasta el mes de julio. Mis únicas preocupaciones eran ir a trabajar, buscar cosas en el deshuesadero municipal, desarrollar mis proyectos (alucinantes) en mi taller (increíble) y pasar el rato con mis hermanos. La vida sería mucho más fácil si fuera solo Jack + deshuesadero + taller increíble + proyectos alucinantes.

«No debiste haber ido a esa fiesta. No debiste haberte tomado una copa. Sabes que no puedes confiarte. Huye del alcohol. Huye de las multitudes. Huye de la gente. Siempre acabas molestando a todo el mundo».



Son las 6:33 y estoy levantada, de pie delante del espejo. Pasé una racha, hace dos años y pico, en que no podía ni quería mirarme. Lo único que veía era la cara arrugada de Moses Hunt, gritando desde la otra punta del patio: «¡Nadie te querrá nunca porque eres una gorda!». Y las caras de todos los demás chicos de quinto cuando se empezaron a reír. «Hasta la luna taparás. Gordi Grasa, vete a casa, que si no el sol no pasa...».

Hoy en día, cuando me miro, suelo verme solo yo: el bonito vestido azul marino, las zapatillas, la media meleana de un tono castaño que mi entrañable aunque algo chiflada abuela definió como «un color idéntico al de una vaca de las tierras altas». Y el reflejo de la enorme y sucia bola de algodón que es mi gato. Se llama *George* y me mira con sus sabios ojos dorados. Intento imaginar lo que podría decirme. Hace cuatro años le diagnosticaron una insuficiencia cardiaca y le dieron seis meses de vida. Pero yo lo conozco bien y sé que solo *George* decidirá cuándo es hora de irse. Me mira parpadeando.



Ahora mismo creo que me diría que respire.

Así que respiro.

Ya soy una experta en esto de respirar.

Bajo la mirada hacia mis manos y veo que no me tiemblan, aunque tengo las uñas comidas hasta los huesos. Es raro, pero me encuentro bastante tranquila dadas las circunstancias. Ahora caigo: al final no me dio el ataque de pánico. Esto hay que celebrarlo, así que pongo uno de los viejos discos de mi madre y empiezo a bailar. Lo que más me gusta es bailar, y todo lo que pienso hacer en la vida es bailar. No voy a clases desde que tenía diez años, pero llevo el baile dentro y eso no me lo quita la falta de práctica.

Me digo para mis adentros: «A lo mejor este año puedes hacer una prueba para entrar en las Damas».

Mi cerebro sale disparado, trepa por la pared y se queda allí, temblando. «¿Y si no sale bien la cosa? ¿Y si te mueres antes de que te llegue a pasar nada bueno y maravilloso y alucinante?». Desde hace dos años y medio, mi única preocupación ha sido sobrevivir. Todas y cada una de las personas que hay en mi vida, y ahí me incluyo, han vivido pendientes de una sola cosa: «Tienes que mejorar». Y ya estoy mejor. «¿Y qué pasa si ahora se llevan una decepción, con todo el tiempo y la energía que me han dedicado?».

Bailo con más empeño; quiero dejar de pensar. Entonces mi padre azota la puerta. Asoma la cabeza.

—Ya sabes que me encanta escuchar una buena canción de Pat Benatar a primera hora de la mañana, pero ¿qué les parecerá a los vecinos?

Bajo un poquito el volumen, pero sigo moviéndome. Cuando termina la canción, busco un marcador y me pin-

to un zapato. «Mientras vivas, siempre habrá algo esperándote; y aunque sea algo malo, y tú sepas que es malo, ¿qué le vas a hacer? No puedes dejar de vivir». (Truman Capote, *A sangre fría*.) Luego tomo el labial que me regaló mi abuela por mi cumpleaños, me acerco al espejo y me pinto los labios de rojo.



Oigo el agua de la ducha, y unas voces en el departamento de abajo. Me tapo la cabeza con la almohada, pero es demasiado tarde: ya estoy despierto.

Enciendo el teléfono y envío unos mensajes de texto: primero a Caroline, luego a Kam, y por último a Reed Young. Lo que les cuento a todos es que andaba muy borracho (una exageración) y que todo estaba muy oscuro (lo estaba), y que no me acuerdo de nada de lo que pasó porque no solo estaba borracho, sino también preocupado. «Andamos ocupados en casa con una mierda de la que no puedo hablar ahora mismo, así que si puedes tener un poco de paciencia conmigo y perdonarme desde el fondo de tu corazón, te estaré eternamente agradecido.» Lo de la mierda que nos está pasando en casa es totalmente cierto.

A Caroline le mando unos piropos y le ruego que le pida disculpas a su prima por mí. Le digo también que no quiero escribir directamente a la prima porque ya metí la pata y no quiero hacer nada que pueda empeorar las cosas entre Caroline y yo.

Aunque fue Caroline la que cortó conmigo, y aunque ahora mismo estamos otra vez tomándonos un descanso, y aunque no la veo desde el mes de junio, me limito a agachar las orejas y a humillarme por teléfono. Es el precio que hay que pagar por tener a todo el mundo contento.

Me arrastro por el pasillo hasta el baño. Lo que más necesito en este mundo es un largo baño de agua caliente. En vez de eso, me sale un chorrito de agua templada seguido por un cañonazo de frío islandés. Sesenta segundos más tarde (porque no aguanto más), salgo, me seco y me coloco delante del espejo.

«Así que este soy yo».

Es lo que pienso cada vez que veo mi reflejo en el espejo. No en plan «Maldita sea, este soy yo», sino más bien «Bueno. Vale. Vamos a ver qué tenemos aquí». Me acerco intentando juntar las piezas de mi rostro.

El tipo del espejo no tiene mala facha: las mejillas marcadas, la mandíbula prominente, y la comisura de la boca curvada como si acabara de contar un chiste. Podría decirse que es más o menos atractivo. Su forma de inclinar la cabeza hacia atrás con los párpados entornados da a entender que está acostumbrado a mirar a todo el mundo por encima del hombro, como si fuera listo y, además, lo supiera. Luego me doy cuenta de que, en realidad, lo que parece es un imbécil. Menos por los ojos. Son demasiado serios y tiene ojeras como si no hubiera dormido. Lleva la misma camiseta de *Superman* que ha estado usando durante todo el verano.

¿Qué tiene que ver esta boca (la de mamá) con esta nariz (también la de mamá) y estos ojos (una mezcla de los de mamá y los de papá)? Mis cejas son más oscuras que el

pelo, pero no tan oscuras como las de papá. La piel tiene un tono moreno intermedio, no moreno oscuro como la de mamá y tampoco blanco como la de papá.

La otra cosa que no cuadra aquí es el pelo. Un imponente afro leonino que tiene pinta de hacer lo que le da la maldita gana. Si el chico del espejo se parece en algo a mí, entonces sé que lo tiene todo bien calculado. Su melena es indomable, pero por algo se la dejó crecer. Para poder encontrarse a sí mismo.

La suma de estos rasgos tiene algo que permite a las personas encontrarse unas a otras en el mundo. Hay algo en esta combinación que los lleva a pensar: «Por ahí va Jack Masselin».

—¿Cuál es tu identificador? —le pregunto a mi reflejo, y me refiero al verdadero identificador, no al tremendo afro de león.

Me pongo muy serio, pero de pronto oigo con claridad una risita y veo un borrón larguirucho y flaco que pasa zumbando a mi lado. Ese tiene que ser mi hermano Marcus.

—Me llamo Jack y soy muy guapo —canturrea, escaleras abajo.

## Los cinco momentos más ridículos de mi vida por Jack Masselin



1. La vez que mi madre me recogió en la escuela (después de cortarse el pelo) y, delante de todo el profesorado y la dirección, de los demás niños y los demás padres, la acusé de intentar secuestrarme.

2. La vez que jugué un partido de futbol en el parque Reynolds (se juega sin uniforme) y le pasé todos los balones al equipo contrario, con lo que logré en el parque una marca histórica como el debut más desastroso y humillante de todos los tiempos.
3. La vez que, después de haber ido al fisioterapeuta del colegio por una lesión en el hombro, me encontré con un hombre en el Walmart que me pareció el entrenador de beisbol y allí, en pleno supermercado, le dije: «Me vendría bien otro masaje», para después descubrir que en realidad se trataba del señor Temple, el jefe de mamá.
4. La vez que quise ligar con Jesselle Villegas y resultó ser la señorita Arbulata, una profe sustituta.
5. La vez que me enrollé con Caroline Lushamp y no era ella sino su prima.



No tengo licencia, así que me lleva papá. Una de las muchas, muchas cosas que espero con ilusión este año son las clases de conducir. Pienso que mi padre va a empezar a darme consejos profundamente sabios o me va a soltar una buena charla para animarme, pero se limita a decir:

—Esto lo tienes controlado, Libbs. Pasaré a buscarte cuando todo haya terminado.

Y su forma de decirlo suena inquietante. Parece la primera escena de una película de terror. Después me sonrío, con una sonrisa que parece sacada de un video de técnicas de crianza. Es una sonrisa nerviosa, forzada. Se la devuelvo.

«¿Qué pasa si me quedo atorada detrás de una mesa? ¿Qué pasa si tengo que comer sola y nadie me dirige la palabra durante el resto del año escolar?».

Mi padre es un hombre alto, atractivo, y buena persona. Es inteligente; se dedica a la seguridad informática en una gran empresa de computadoras. Es muy tierno. La pasó muy mal después de que me tuvieron que rescatar de

casa. Aunque para mí fue horrible, creo que fue peor para él, sobre todo por las acusaciones de abandono y maltrato. La prensa no podía entender cómo me había dejado engordar tanto. No sabían que él me había llevado a un montón de médicos y que probamos un montón de dietas, todo eso en pleno duelo por la pérdida de su esposa. No veían la comida que yo escondía debajo de mi cama y en el fondo del clóset para que él no la descubriera. No podían saber que, cuando me empeño en algo, tengo que salirme con la mía. Y me había empeñado en comer.

Al principio me negué a hablar con los periodistas. Pero llegó un punto en el que necesitaba enseñarle al mundo que estoy bien y que mi padre no era tan malo como lo pintaban. Demostrar que no se dedicaba a atiborrarme de dulces y pasteles con la intención de mantenerme a su lado, dependiendo de él, como pasaba con las chicas de *Las vírgenes suicidas*. De modo que, aun en contra de su voluntad, le concedí una entrevista a una cadena de noticias de las afueras de Chicago, y aquella entrevista llegó a Europa y Asia, y dio mil vueltas por ahí.

«Verán, todo mi mundo cambió cuando yo tenía diez años. Mi madre se murió, y eso ya fue traumático, pero luego empezó el acoso escolar. Encima me desarrollé temprano y, de pronto, tenía la sensación de que mi cuerpo me quedaba grande. No digo que la culpa fuera de mis compañeros de clase. Al fin y al cabo, éramos niños. Yo solo quiero que quede claro que intervenían muchos factores: el acoso escolar se unió a la pérdida de la persona más importante para mí, seguida por los ataques de pánico cada vez que tenía que salir de casa. Y, en todo momento, mi padre fue quien me apoyó».



Ahora le digo a mi padre:

—¿Sabías que Pauline Potter, la Mujer Más Gorda del Mundo, perdió casi cuarenta y cinco kilos en una maratón sexual?

—Olvídate del sexo hasta que cumplas treinta años.

«Eso ya lo veremos», pienso. La verdad es que los milagros existen. Y eso significa que, a lo mejor, todos esos chicos que tan mal me trataban en el recreo crecieron y comprendieron que lo que hacían estaba mal. Puede que se hayan convertido en gente agradable. O puede que sean aún peores. Cada libro que leo y cada película que veo parecen transmitir el mismo mensaje: el colegio es la peor experiencia que puedes sufrir en tu vida.

«Qué pasa si cometo la equivocación de meterme con alguien y me convierto en la Gorda Entrometida? ¿Qué pasa si me adoptan unas flacas llenas de buenas intenciones y me convierto en la Gorda Amiga Íntima? ¿Qué pasa si todo el mundo piensa que al haber estudiado en casa en realidad solo estoy preparada para el octavo año, no para el onceavo, porque soy demasiado estúpida como para entender las tareas de clase?».

Mi padre me dice:

—Solo tienes que ir hoy, Libbs. Si te parece una porquería total y absoluta, podemos volver a la escuela en casa. Dame un día, nada más. Mejor dicho, no lo hagas por mí. Prueba solo un día, por ti misma.

Me digo para mis adentros: «Hoy». Me digo a mí misma: «Esto es lo que soñabas cuando estabas tan asustada que no podías salir de casa. Esto es lo que soñabas durante aquellos seis meses que te pasaste tirada en la cama. Esto es lo que querías: salir al mundo exterior como el resto de

la gente». Me digo a mí misma: «Has necesitado dos años de campamentos para gordos y de orientadores y de psicólogos y de médicos y de terapeutas conductuales y de entrenadores solo para preparar este momento. En los últimos dos años y medio has caminado diez mil pasos al día. Cada uno de esos pasos te llevaba hasta este instante». No sé conducir.

Nunca he asistido a un baile.

Me he perdido toda la secundaria.

Nunca he tenido novio, aunque sí ligué una vez con un chico en el campamento para gordos. Se llama Robbie, y está repitiendo el último año de secundaria en alguna parte de Iowa.

Quitando a mi madre, nunca he tenido amigos íntimos, a no ser que contemos los que me inventé: los tres hermanos que vivían enfrente de mi antigua casa. Los llamaba Dean, Sam y Castiel, porque iban a un colegio privado y no me sabía sus nombres. Fingía que eran mis amigos.

Mi padre parece tan nervioso e ilusionado que agarro la bolsa y salgo a la banqueta y me encuentro de pie delante del colegio mientras la gente pasa por mi lado.

«¿Qué pasa si llego tarde a todas las clases porque no puedo caminar lo suficientemente rápido y después me castigan y allí conozco a los únicos chicos que me harán caso, los drogadictos y los delincuentes, me enamoro de uno, quedo embarazada, dejo de estudiar, no me gradúo y vivo con mi padre el resto de mi vida o al menos hasta que el bebé cumpla dieciocho años?».

Me dan ganas de volver a meterme al coche, pero mi padre sigue allí sentado, con una sonrisa esperanzada en la cara.

—Lo tienes todo controlado.

Esta vez lo dice más fuerte y, se los juro, levanta el pulgar.

Por eso me uno a la multitud y me dejo llevar por ella hasta que me encuentro esperando mi turno a la entrada, abriendo mi bolsa para que el guardia la revise, cruzando los detectores de metales, entrando por un largo pasillo que se abre en todas las direcciones, siendo golpeada y empujada por codos y brazos. Pienso: «En algún lugar de este colegio podría estar el chico del que me enamoraré. Uno de estos apuestos jóvenes puede ser quien finalmente me arrebate el corazón y el cuerpo. Soy la Pauline Potter del colegio Martin Van Buren. Voy a quitarme los kilos que me sobran a base de sexo». Miro a todos los chicos que pasan. «Podría ser ese chico, o quizá este otro. Esto es lo bonito de este mundo. En este mismo instante, aquel chico que está justo allí, o el otro de allá, no significan nada para mí, pero pronto nos conoceremos y cambiaremos el mundo, el suyo y el mío».

—Quítate, gorda —dice alguien.

Esa palabra es como un picotazo, como el pinchazo de una aguja, como si la propia palabra quisiera poncharme de la misma manera en que ha ponchado mi burbuja. Sigo avanzando. Lo bueno de mi talla es que me sirve para abrirme paso.



Al igual que el pelo, el coche forma parte de mi imagen. Se trata de una Land Rover del año 1968, restaurada, que Marcus y yo le compramos a nuestro tío anciano. Se usaba para trabajar en la granja, pero acabó estacionado durante cuarenta y pico de años, oxidándose. Ahora tiene mitad de jeep, mitad de vehículo todoterreno y un cien por ciento de velocidad.

Marcus va enfurruñado en el asiento del copiloto.

—Imbécil.

Lo dice en voz baja y mirando hacia la ventana. Por desgracia para mí, sacó la licencia el mes pasado.

—Eres adorable. Espero que el onceavo grado no arruine tu encanto juvenil. Podrás conducir el año que viene, cuando yo me vaya a la universidad.

«Si es que voy a la universidad. Si es que alguna vez consigo salir de aquí».

Me enseña el dedo. Dusty, nuestro hermano menor, le da una patada al asiento desde atrás.

—Dejen de pelear.

—No estamos peleando, hombrecito.

—Parecen mamá y papá. Pon la música más fuerte.

Hace un par de años, mis padres se llevaban bastante bien. Luego a papá le diagnosticaron cáncer. Una semana antes del diagnóstico, descubrí que le estaba poniendo el cuerno a mi madre. Él no sabe que yo lo sé, y no estoy seguro de si mamá lo sabe, aunque a veces me lo pregunto. Ahora mi padre se curó del cáncer, por cierto, pero ha sido una situación difícil, sobre todo para Dusty, que tiene diez años.

Le subo a la canción, un viejo éxito: *SexyBack*, de Justin Timberlake. De pronto vuelvo a sentirme cómodo. Tengo cuatro canciones que son mi banda sonora y que me gustaría que comenzaran a sonar cada vez que entro en una habitación. Esta es una de ellas.

Nos estacionamos en la puerta del colegio de Dusty, y él se baja de un salto antes de que pueda detenerlo. Salgo detrás de él, tomando las llaves para que Marcus no pueda llevarse el coche.

Este verano, Dusty empezó a usar una bolsa de señora. Nadie habla del tema: ni mi madre, ni mi padre, ni Marcus. Dusty va por la mitad del camino cuando logro alcanzarlo. No puedo apartar la vista de él para no perderlo. De los tres hermanos es quien tiene la piel más oscura y su pelo es del color de un centavo de cobre. Técnicamente, mamá es medio negra, medio criolla de Luisiana, y papá es blanco y judío. Dusty es oscuro como mi madre. Marcus, en cambio, no podría ser más blanco. ¿Y yo? Yo no soy más que Jack Masselin, aunque ni siquiera sepa quién demonios es ese.

—No quiero llegar tarde —dice Dusty.

—No llegarás tarde. Solo quiero... ¿Estás seguro de lo de lo de la bolsa, hombrecito?

—Me gusta. Aquí me cabe todo.

—A mí también me gusta. La verdad es que esa bolsa es una maravilla. Pero no sé si a la gente le va a gustar tanto como a nosotros. Puede que algunos niños sientan tantos celos que se burlen de ti.

En este momento nos adelantan unos diez niños.

—No van a tener celos. Van a pensar que es raro.

—Es que no quiero que te traten mal.

—Si quiero llevar bolsa, la voy a llevar. No pienso dejar de usarla solo porque a ellos no les guste.

Y entonces, ese chiquillo escuálido y de grandes orejas se convierte en mi héroe. Veo cómo se aleja, avanza tieso como una flecha, con la barbilla levantada. Me dan ganas de entrar en el colegio detrás de él para asegurarme de que no le pase nada malo.

Siete profesiones aptas para gente  
con prosopagnosia  
por Jack Masselin



1. Pastor (suponiendo que eso de la ceguera facial no se aplique también a los rostros de perros y ovejas).
2. Operador de cabina de peaje (suponiendo que ningún conocido tome la ruta en la que trabajas).
3. Estrella del rock, miembro de una banda de chicos, jugador de la NBA o alguna otra profesión de ese tipo (donde todos dan por sentado que tienes un

ego tan gigantesco que no se sorprenden si no te acuerdas de ellos).

4. Escritor (la profesión más recomendable para gente que padece trastorno de ansiedad social).
5. Paseador o entrenador de perros (ver el número 1, página anterior).
6. Embalsamador (aunque puede que confundas los cadáveres).
7. Ermitaño (ideal, aunque el sueldo no es muy alto).



Tengo que abrirme paso hasta la primera clase, donde me siento en la fila más cercana a la puerta por si en algún momento necesito huir. Quepo justo detrás del pupitre. Por debajo de la camisa tengo toda la espalda húmeda, y el corazón me late a cien por hora. Pero nadie lo nota. Al menos, espero que nadie pueda notarlo, porque no hay nada peor que ser conocida como la Gorda Sudorosa. Mis compañeros de clase van entrando poco a poco y algunos se me quedan mirando. Un par de ellos sueltan unas risitas. No reconozco en estos rostros adolescentes a ninguno de los niños de once años a quienes conocí hace tiempo.

Pero el colegio es tal y como me lo esperaba y, al mismo tiempo, mucho más. Para empezar, el colegio Martin Van Buren cuenta con unos dos mil alumnos, así que es un lugar lleno de acción. Además, no se ve a nadie tan limpio y reluciente como en las recreaciones del colegio que aparecen en la tele y en las películas. En la realidad, los chicos no tienen veinticinco años. Nosotros tenemos la piel mal y el pelo mal, o la piel bien y el pelo bien, y somos



todos de diferentes formas y tallas. Me gusta más nuestra versión real que la de la tele, aunque aquí sentada me siento como una actriz que interpreta un papel. Soy un pez fuera del agua, la chica nueva del colegio. «¿Cuál será mi historia?».

Decido que estoy ante una hoja en blanco. Por lo que a mí respecta, aquí empieza todo. Ya no existe nada de lo que pasó cuando tenía once, doce o trece años. Soy diferente. Ellos son diferentes; al menos, por fuera. Tal vez no se acuerden de que yo era justo aquella chica. No pienso recordárselo.

Los miro a los ojos y les dedico la nueva sonrisa característica de mi padre, en la que las comisuras de la boca parecen detenidas con cinta adhesiva. Creo que se quedan sorprendidos. Un par de personas me devuelven la sonrisa. El chico que tengo al lado me tiende la mano.

—Mick.

—Libby.

—Soy de Copenhague. Vine por el programa de intercambio. —Aunque tiene el pelo negro como un cuervo, parece un vikingo—. ¿Eres de Amos?

Me dan ganas de decir:

—Yo también soy alumna de intercambio. Vengo de Australia. Vengo de Francia.

Pero en estos últimos cinco años solo he hablado con los chicos del campamento de gordos. Por eso me limito a asentir con un cabeceo.

Me cuenta que al principio no sabía si venir aquí, pero luego decidió que valdría la pena conocer el corazón de Estados Unidos y ver «cómo viven la mayoría de los estadounidenses». Lo que sea que signifique eso.

—¿Qué es lo que más te gusta de Indiana? —se me ocurre preguntar.

—Que algún día regresaré a casa.

Se echa a reír, así que yo me río también. Entonces entran dos chicas y se voltean de inmediato hacia mí. Una de ellas le susurra algo a la otra y se sientan delante de nosotros. Hay algo en ellas que me resulta familiar, pero no consigo ubicarlas. «A lo mejor las conozco de antes». Noto unos pinchazos en la piel, y de nuevo tengo esa sensación de película de terror. Miro hacia el techo como si estuviera a punto de caerme un piano en la cabeza. Porque sé que por algún lado va a empezar. Siempre pasa igual.

Me digo a mí misma que debo darle una oportunidad a Mick, darles una oportunidad a estas chicas, darle una oportunidad a este día y, sobre todo, darme una oportunidad a mí misma. Así es como veo las cosas: perdí a mi madre; por poco me mato comiendo; me tuvieron que rescatar de mi casa derribando las paredes mientras el país entero lo contemplaba; he soportado regímenes de ejercicios, y dietas, y la decepción de toda una nación, y he recibido cartas amenazadoras de gente a la que no conocía de nada.

*Es asqueroso que alguien se deje engordar tanto y es asqueroso que tu padre no hiciera nada por evitarlo. Espero que sobrevivas a esto y arregles las cuentas con Dios. En el mundo hay gente que se muere de hambre y es una vergüenza que tú comas tanto cuando otros no tienen suficiente.*

Así que yo me pregunto:

«¿Qué me puede hacer el colegio que no me hayan hecho ya? ¿Qué me puede pasar en el colegio que no me haya pasado ya?».



Llegamos al estacionamiento un minuto antes de la hora y dejamos el coche en el último espacio vacío de la primera fila de coches. A Marcus se le cae el teléfono y, cuando se reincorpora, es como si fuera una persona completamente nueva. Así, la Pizarra Mágica de mi cerebro se queda en blanco y tengo que empezar otra vez, sumando las partes:

Pelo despeinado + barbilla afilada + piernas de jirafa, de dos metros de largo = Marcus.

Acabamos de estacionar la Land Rover y ya está saliendo por la puerta y llamando a la gente. Me dan ganas de decir: «Espera. No me hagas salir solo». Me dan ganas de agarrarlo del brazo y sujetarlo para que no se me pierda. En vez de eso, lo miro fijamente, sin pestañear, para que no desaparezca. Entonces se funde con la multitud que se dirige hacia el colegio, como uno más del rebaño.

El reino animal tiene nombres rarísimos para los colectivos de animales. ¿Cómo se llamaría este grupo? ¿Un horror de estudiantes? ¿Una pesadilla de adolescentes? Solo

por diversión, me dedico a estudiar las caras que pasan, buscando a mi hermano. Pero es como intentar elegir a tu oso polar preferido dentro de una manada.

Me quedo sentado treinta segundos, disfrutando de la soledad. *30, 29, 28, 27...*

Se acabó por hoy hasta que vuelva a casa. En estos treinta segundos me permito pensar en todas las cosas que no me permitiré volver a pensar en las próximas ocho horas. La cantinela siempre empieza de la misma manera:

«Tengo el cerebro hecho una mierda...».



## LIBBY

Tras veinte minutos de clase, ya nadie me mira. Está hablando nuestra profesora, la señora Belk, y por ahora no me he perdido. Mick susurra comentarios inteligentes solo para mí, cosa que automáticamente lo convierte en mi mejor amigo o en mi futuro novio. También puede ser el chico que me haga adelgazar los kilos que me sobran a base de sexo.

«Tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera. Nadie sabe quién eres. A nadie le importa. Lo tienes todo controlado, chica. Tampoco te entusiasmes, pero creo que lo tienes controlado».

Entonces me río de algo que dice Mick y me sale una cosa volando de la nariz y le cae encima del libro.

La señora Belk dice:

—Tranquilos, por favor —y sigue hablando.

Pego los ojos a ella con Super Glue, pero con mi visión periférica sigo viendo a Mick. No sé si se dio cuenta de la cosa que le disparé, y tampoco me atrevo a mirar. «Por favor, no lo mires».

Sigue susurrando como si no hubiera pasado nada, como si esto no fuera el fin del mundo. Lo único que deseo es cerrar los ojos y morirme. No quiero empezar así. Anoche, cuando estaba despierta en la cama imaginando mi gran retorno a la sociedad adolescente, no era así como lo veía.

«A lo mejor se cree que es una rara costumbre americana. Algo así como una extraña tradición para darles la bienvenida a nuestro país a todos los extranjeros».

Me paso el resto de la hora concentrándome con todas mis fuerzas en lo que dice la señora Belk, sin apartar la vista del frente de la clase.

Cuando suena el timbre, las dos chicas que me resultan familiares dan media vuelta y se me quedan mirando. Descubro que son Caroline Lushamp y Kendra Wu, unas chicas a quienes conozco desde primero. Después de que me rescataran de mi casa, los periodistas las entrevistaron diciendo que eran «amigas íntimas de la joven en apuros». La última vez que las vi en persona, Caroline era una niña desgarbada de once años y todos los días llevaba la misma bufanda de Harry Potter, aunque hiciera un calor espantoso. Otro par de cosas que la distinguían era que se había mudado a Amos desde Washington, D. C. cuando estaba en preescolar y que estaba muy acomplejada con sus pies, que tenían unos dedos muy largos y curvados como las garras de un loro. Lo que recuerdo de Kendra es que se escribía en los *jeans* episodios inventados de las novelas de Percy Jackson y que lloraba absolutamente todos los días por el motivo que fuera: por los chicos, por las tareas, por la lluvia...

Ahora, por supuesto, Caroline mide dos metros y medio y es tan guapa que podría salir en anuncios de *shampoo*. Lleva una falda y una chaquetita entallada, como si estuviera en un colegio privado. Kendra, que parece haberse tatuado la sonrisa, va toda de negro y es linda. Podría trabajar de encargada del restaurante Applebees de la zona fresca de la ciudad.

Caroline me dice:

—Yo te conozco de algo.

—Eso me lo dicen mucho. —Se queda mirándome y sé que intenta ubicarme—. Vamos, te ayudo. Todo el mundo me confunde con Jennifer Lawrence, pero ni siquiera somos parientes.

Se le disparan las cejas hacia arriba como si fueran gomas elásticas.

—Supongo que cuesta creerlo, pero incluso lo miré en [www.ancestry.com](http://www.ancestry.com) y lo comprobé muy bien.

—Tú eres la chica que se quedó atrapada en su casa —le dice a Kendra—: Los bomberos tuvieron que sacarla de allí, ¿recuerdas? Salimos en las noticias.

Nada de «Tú eres Libby Strout, la chica a quien conocemos desde primero», sino «Tú eres la chica que se quedó atrapada en su casa, y por eso salimos en la tele».

Mick de Copenhague lo está presenciando todo.

—Ya estás pensando otra vez en Jennifer Lawrence —le digo.

Caroline adopta un tono dulce y compasivo:

—¿Cómo te va? Estaba muy preocupada por ti. No puedo ni imaginarme lo que habrás pasado. Pero, por Dios, has perdido muchísimo peso. ¿No, Kendra?

Técnicamente, Kendra aún sonrío, pero la mitad superior de su rostro está arrugada y con el ceño fruncido.

—Muchísimo.

—Estás muy guapa.

Kendra sigue con su sonrisa-ceño fruncido.

—Me encanta tu pelo.

Dos de las peores cosas que una chica guapa le puede decir a una chica gorda son «Estás muy guapa» o «Me encanta tu pelo». Entiendo que meter a todas las chicas guapas en el mismo saco es igual de malo que meter a todas las chicas gordas en el mismo saco, entiendo que se puede ser guapa y gorda (¡pues claro!), pero puedo afirmar, por experiencia, que cuando las chicas como Caroline Lushamp y Kendra Wu te dicen cosas como esas, en realidad están pensando en algo diferente. Te sueltan piropos porque les das lástima. Siento que mi alma se marchita un poco. Mick de Copenhague se levanta y sale de la clase sin decir nada.





Caroline Lushamp es lo más parecido a una novia que tengo. Al principio, porque era rara y adorable y, sobre todo, lista. Hace tiempo, cuando me enamoré de ella, era una de esas chicas listas que no presumen de nada: eso vino luego. Se quedaba ahí sentada, absorbiéndolo todo como una esponja. Nos llamábamos por teléfono cuando todo el mundo estaba acostado, y me contaba cómo le había ido en el día: lo que había visto, lo que pensaba... A veces nos pasábamos toda la noche platicando.

La Caroline de hoy es alta y es guapísima, pero su rasgo más característico es que se convirtió en una mujer de bandera. Intimida a todo el mundo a lo bestia, incluso a los profesores. Sobre todo porque ahora dice lo que piensa, siempre, y suelta las cosas bien claras. La razón principal por la que seguimos saliendo es que tenemos un pasado. «Sé que tiene que estar ahí dentro todavía, aunque no encuentro ni rastro de ella.» Esta nueva Caroline apareció sin previo aviso, allá por el segundo grado, lo que significa que la vieja Caroline podría (quizá) regresar en cualquier

momento. La otra razón es que suele resultarme fácil reconocer a Caroline.

Doblo la esquina del pasillo que menos me gusta, el que pasa por delante de la biblioteca, donde está el casillero de Caroline. Cuando iba en primero trabajaba en la biblioteca, y ahora, si me encuentro con alguno de los bibliotecarios, todos me saludan y me preguntan por mi familia, y se supone que yo tengo que saber quiénes son.

Voy caminando y la gente me saluda. Eso también es una pesadilla. Empiezo a moverme con más decisión, medio sonriéndole a todo el mundo, en plan relajado. Pero seguro olvidé a alguien, porque oigo: «Cretino».

«No te puedes confiar.» Es lo primero que aprendí en el colegio. Tan pronto les gustas como te conviertes en un marginado. Si no, que se lo pregunten a Luke Revis, el protagonista de la leyenda más famosa del MVB. Luke fue el chico más popular durante nuestro primer año de secundaria, hasta que la gente descubrió que su padre había estado preso. Ahora Luke también está preso, y mejor ni les cuento por qué.

En este momento, el pasillo está lleno de Lukes en potencia. Un chico al que meten en un casillero de un empujón. Otro al que le meten el pie de manera que sale volando y se le cae encima a otro que a su vez lo empuja, y así el primero empieza a rebotar de una persona a otra como un balón de voleibol humano. Unas chicas que ponen verde a otra delante de sus narices y esta última que da media vuelta llorando, con los ojos rojos. Otra chica que pasa con una enorme «A» escarlata colgada en la espalda, y todos se ríen al verla pasar porque todos, menos Hester Prynne, saben de qué va la broma. Por cada persona que se ríe

en este pasillo, hay cinco más que parecen atemorizadas o tristes.

Trato de imaginar cómo serían las cosas si la gente del colegio supiera lo que me pasa. Podrían acercarse directamente a mí y robarme las cosas o el coche, luego volver y fingir que me ayudan a buscarlo todo. Este chico podría hacerse pasar por aquel chico, o esa chica fingir que es la chica de más allá, y sería de verdad estúpidamente gracioso. Todos captarían la broma menos yo.

Me dan ganas de seguir caminando hasta llegar a la entrada principal y luego salir corriendo de aquí.

Oigo:

—Espera, Mass.

Acelero.

—¡Mass!

«Al diablo, quienquiera que seas».

—¡Mass! ¡Mass! ¡Espera, cabrón!

El chico corre para alcanzarme. Es más o menos como yo de alto, y está fuerte. Tiene el pelo castaño y lleva una camisa normalita. Miro su mochila, el libro que lleva en la mano, los zapatos..., cualquier cosa que pueda darme una pista para saber quién es. Mientras tanto, él empieza una conversación:

—Tienes que checarte el oído, chico.

—Perdón. Quedé con Caroline.

Si la conoce, esto funcionará.

—Mierda.

La conoce. Cuando se trata de Caroline Lushamp, casi todo el mundo puede dividirse en una de estas dos categorías: los que están enamorados de ella y los que le tienen pánico.

—No me extraña que estés en las nubes. —Por su forma de decirlo, sé que pertenece al bando de los del pánico—. Pero pensé que a lo mejor querías decírmelo a la cara.

Otra de mis pesadillas: cuando la gente no te da suficientes datos para continuar.

—¿Decirte qué?

—¿Es en serio? —Se para en medio del pasillo, y las mejillas se le ponen muy coloradas—. Es mi novia. Tienes suerte de que no te dé una paliza.

Estoy casi seguro de que se trata de Reed Young, pero existe una ligera posibilidad de que sea otra persona. Decido seguir con las vaguedades mientras procuro sonar lo más concreto que puedo.

—Es verdad. Tengo suerte, y no te creas que no lo aprecio. Te debo una, amigo.

—Sí, me la debes.

Oigo unas voces que bajan por el pasillo, fuertes y bulliciosas como una muchedumbre que arrasara un campo. La gente se aparta como puede, y aparecen un par de chicos más grandes que el campo de fútbol.

—¿Qué hay, Mass? —me sueltan—. Me contaron que te la pasaste muy bien en la fiesta.

Y estallan en una risa histérica. Aunque no los reconozco, parece ser que son amigos míos. Uno de ellos golpea con el hombro a un pobre chico, que se escabulle por un lateral, y luego le espeta que mire por dónde va.

Le digo al grandulón:

—Amigo, un poco de respeto. —Señalo con la cabeza a Reed. Digo—: En serio. Tú eres un buen amigo.

No es precisamente cierto, pero llevamos juntos en el equipo de beisbol desde el primer año.

—Bueno, me quedo con las ganas de darte una patada en el trasero, pero que no vuelva a pasar.

—Jamás.

Mira hacia la biblioteca. Al otro lado del pasillo hay una chica, delante de los casilleros, hablando por teléfono. Se estremece.

—Ahora mismo no me gustaría estar en tu pellejo.

Y sale disparado en dirección contraria, seguido por los campos de fútbol humanos.

Me voy acercando a la chica, y veo sus ojos claros contra la piel oscura y el lunar que se pinta junto a la ceja derecha, aunque todo el mundo sabe que es falso.

«Huye ahora que todavía estás a tiempo».

Levanta la vista.

—¿En serio? —dice, y sí, es Caroline.

No me espera. Se da la vuelta para meterse en la biblioteca, donde veo a los bibliotecarios detrás de la mesa, esperando a que yo entre para poder burlarse de mí.

Es entonces cuando la agarro del brazo y le doy la vuelta y, aunque no quiero hacerlo, la arrastro hacia mí y le doy un beso que la deja sin respiración.

—Esto es lo que debí haber hecho el sábado —digo al soltarla—. Es lo que debí haber hecho durante todo el verano.

Las comedias románticas y los romances de vampiros son la debilidad de Caroline. Quiere vivir en un mundo donde el chico bueno agarra a la chica y le planta un beso porque siente un deseo y un amor tan abrumadores que le funden el cerebro. Así que le acaricio la cara, y le coloco el pelo por detrás de la oreja con cuidado de no despeinarla para que no se enoje más todavía. No sé por qué me suele

costar mantener el contacto visual, así que me fijo en su boca.

—Eres preciosa.

«Ten cuidado. ¿De verdad es esto lo que quieres? Ya te has metido antes en esta ratonera, amigo. ¿De verdad quieres volver a entrar?».

Pero una parte de mí la necesita. Y odia el tener que necesitarla.

Noto cómo se va ablandando. Conozco bien a Caroline, y el mejor regalo que le puedo hacer es esto: dejar que sea ella quien me perdone. No sonrío, Caroline ya no sonrío casi nunca, pero enseguida baja la mirada y se queda contemplando algo invisible en el suelo. Tiene las comisuras de la boca hacia abajo. Lo está pensando. Al final dice:

—Eres lo peor, Jack Masselin. Ni siquiera sé por qué te sigo hablando.

En el idioma de Caroline, eso significa «Yo también te quiero».

—¿Y qué pasa con Zack?

—Corté con él hace dos semanas.

Y ya está, volvimos.

Me toma la mano y caminamos por los pasillos, y mi corazón late un poco más deprisa y tengo la sensación de que estoy a salvo. Sin saberlo, ella será mi guía. Me dirá quién es quién. Somos Caroline y Jack, Jack y Caroline. Mientras esté con ella... Estoy a salvo. Estoy a salvo. Estoy a salvo.



# LIBBY

El señor Domínguez dice que si no se dedicara a dar clases de conducir, se dedicaría a reparar coches. No los coches de la gente que no puede pagar las mensualidades. Él reclamaría los coches de los malos conductores y después, como Robin Hood, se los regalaría a un orfanato o a los buenos conductores que no pueden comprar un coche propio. No se sabe muy bien si lo dice en serio porque él no tiene ningún sentido del humor y siempre está mirando todo con cara de asesino. Es el hombre más sensual que he visto en mi vida.

—Hay un montón de colegios que están quitando las clases de conducir. Te mandan por ahí a algún lugar a aprender... —Por su forma de decir «algún lugar», se diría que se trata de un lugar oscuro y terrible—. Pero nosotros les enseñamos aquí porque nos importan.

Después nos muestra una película sobre accidentes de tráfico donde salen coches chocando contra la parte trasera de los camiones y colándose por debajo. Al principio, un chico llamado Travis Kearns se ríe. Más tarde masculla

un último «carajo» y se queda callado. Diez minutos después ya ni siquiera Bailey Bishop sonrío, y Monique Benton pide permiso para ir al baño a vomitar.

Cuando ya ha salido, el señor Domínguez dice:

—¿Alguien más quiere irse?

Como si Monique se hubiera marchado en señal de protesta, y no agarrándose el estómago.

—Según las estadísticas, van a morir en un accidente de coche antes de cumplir los veintiún años. Yo estoy aquí para asegurarme de que eso no pase.

Se me pone la piel de gallina. Me siento como si nos estuviera preparando para una guerra, como Haymitch con Katniss. Desde la otra punta de la clase, Bailey suelta un «oh, cielos», que en ella es el equivalente de «en la madre».

Todo el mundo parece mareado menos yo.

Es porque en este momento, mientras contemplo una cabeza que sale rodando por la autopista, sé cuál quiero que sea mi lugar aquí, en esta clase, y en el colegio MVB. No pienso ser carne de una estadística. He pasado casi toda la vida desafiando las estadísticas. No pienso ser una de esas conductoras que acaban aplastadas debajo de un camión. Quiero ser la chica que es capaz de todo. Quiero ser la chica que se presenta a las pruebas para las Damas del MVB y consigue entrar en el equipo.

Levanto la mano. El señor Domínguez me mira y asiente. Se me eriza la piel.

—¿Cuándo empezamos a conducir?

—Cuando estén preparados.



## Las ocho cosas que más odio del cáncer por Jack Masselin



1. Es hereditario, así que te sientes como si llevaras una diana en la espalda, por muy joven que seas.
2. Está en mi familia.
3. Su manera de golpear como un meteorito, así de sopetón.
4. La quimio.
5. Es una cosa seria de mierda. (En otras palabras, pase lo que pase no sonrías ni te rías de nada intentando quitarle peso al asunto.)
6. Tener que chantajear a Dios o negociar con él, aunque no estés seguro de si existe.
7. Cuando se lo diagnostican a tu padre en tu segundo año de secundaria, una semana después de que descubras que ha estado engañando a tu madre.
8. Ver llorar a tu madre.



## LIBBY

De camino a la cuarta clase, paso por la oficina de Heather Alpern. Se está comiendo unos trozos de manzana, las largas piernas cruzadas, los largos brazos descansando como gatos sobre los descansabrazos de la silla. Antes de ser entrenadora de las Damas fue una Rockette en el Radio City Music Hall de Manhattan. Es tan guapa que no me atrevo ni a mirarla. No le quito el ojo a la pared y digo:

—Quiero un formulario para entrar en las Damas, por favor.

Espero a que me diga que existe un límite de peso y que yo estoy muy muy por encima de él. Espero a que eche su preciosa cabeza hacia atrás y suelte una carcajada histérica para luego mostrarme la puerta. A fin de cuentas, las Damas pertenecen a una élite. Además de actuar en partidos de fútbol americano y basquetbol, lo hacen en todos los grandes acontecimientos de la ciudad: inauguraciones, desfiles, presentaciones, conciertos...

En lugar de eso, Heather Alpern rebusca en un cajón y saca un formulario.

—Técnicamente, comenzamos la temporada en verano. Si no hay ninguna baja, el siguiente periodo de pruebas es en enero.

Miro al suelo y pregunto:

—¿Qué pasa si hay una baja?

—Se convocan pruebas. Las anunciamos y colgamos carteles. —Me entrega el formulario—. Puedes llenar esto y devolvérmelo para que lo guarde en los archivos. Y, sobre todo, no olvides traer el permiso de tus padres.

Luego me dedica una preciosa sonrisa para infundirme ánimos, como María en *La novicia rebelde*, y salgo de allí flotando como si estuviera rellena de helio.

Voy por los pasillos balanceándome y rebotando como un globo y me siento como si custodiara el mayor secreto del mundo.

«Creo que hay algo que nadie sabe de mí, y es que me encanta bailar».

Observo las caras de todos los que pasan y me pregunto qué secretos guardarán. De pronto, alguien choca contra mí. Es un chico de cabeza cuadrada, con una cara grande y colorada.

—Qué onda —dice.

—Qué onda.

—¿Es verdad que las gordas la chupan mejor?

—No lo sé. Nunca me la ha chupado una gorda.

La gente pasa a nuestro lado y algunos se ríen al oírlo. Él me lanza una mirada fría, y ahí está: el odio que puede sentir por ti un completo extraño, aunque no te conozca, solo porque cree conocerte o porque odia lo que representas.

—Me pareces asquerosa.

Yo digo:

—Por si te sirve de consuelo, tú a mí también me pareces asqueroso.

Él murmura algo que suena parecido a «gorda puta», y que seguramente lo es. Da igual que yo sea virgen. Si fuera por la cantidad de veces que me han llamado así desde quinto, ya habría tenido sexo mil veces.

—Déjala en paz, Sterling.

Lo dice una chica de pelo largo y sedoso y piernas interminables. Bailey Bishop. Si la Bailey de ahora se parece un poco a la Bailey de entonces, se trata de una chica sincera, popular y muy buena. Es adorable. Todo el mundo la quiere. Cuando entra en una habitación, sabe que le va a gustar a la gente, y tiene razón porque... ¿cómo no les iba a gustar alguien tan absolutamente encantador?

—¿Qué tal, Libby? No sé si te acuerdas de mí...

No me toma del brazo, pero es como si lo hiciera.

Su voz sigue teniendo la misma entonación y acaba cada frase en un tono agudo, alegre. Casi suena como si estuviera cantando.

—Qué tal, Bailey. Sí me acuerdo.

—Me alegro un montón de ver que has vuelto.

Luego me abraza y me entra un poco de pelo en la boca. Sabe como una mezcla de melocotón y chicle. Justo como uno imagina que debe de saber el pelo de Bailey Bishop.

Nos separamos, y ella se queda allí de pie con una enorme sonrisa, los ojos muy abiertos y los hoyuelos centelleando. Todo a su alrededor es demasiado alegre. Hace cinco años, Bailey era mi amiga. Y me refiero a una amiga de verdad y no a una inventada. Cinco años es mucho tiempo. En aquel entonces no teníamos casi nada en co-

mún, así que no sé muy bien qué es lo que podemos tener en común ahora. Pero me digo: «Sé amable. Esta podría ser la única amiga que tengas en toda tu vida».

Bailey llama a una chica que pasa por allí y me dice:

—Quiero que conozcas a Jayvee. Jayvee, ella es Libby.

Jayvee dice:

—Hola, chicas. ¿Qué se cuece por aquí?

Lleva una melena negra y corta, y una camiseta que dice: «MI VERDADERO NOVIO ES IMAGINARIO». Bailey sonrío de oreja a oreja.

—Jayvee se mudó aquí desde Filipinas hace un par de años. —Espero a que le diga a Jayvee que acabo de regresar al colegio después de mi encierro, pero se limita a decir—: Libby también es nueva.



A cuarta hora tenemos química avanzada con Monica Chapman. Profesora de ciencias. Esposa. Y la mujer que se acostó con mi padre. Como norma, es más fácil reconocer a los profesores que a los alumnos por tres motivos: el primero, que son menos que nosotros; el segundo, que incluso los más jóvenes visten como si fueran mayores que nosotros, y el tercero, que tenemos vía libre para mirarlos fijamente todos los días (es decir, más tiempo para aprendernos sus identificadores).

Nada de esto me ayuda lo más mínimo con Chapman. Es la primera vez que estoy en su clase, y todo lo que tiene que ver con ella es demasiado juvenil y, además, muy corriente. Lo que quiero decir es que te imaginas que la mujer con la que tu padre decide engañar a tu madre resulta tan extraordinaria que incluso una persona que no recuerda a nadie es capaz de reconocerla. Pero ella no tiene nada de particular. Y eso significa que podría estar en cualquier parte.

Escojo un lugar al fondo, junto a la ventana, y alguien se sienta a mi lado. La gente pone una cara especial cuan-

do te conoce y espera que la reconozcas, y esa es la cara que me pone esta persona ahora.

—Qué onda, amigo —dice.

—Qué onda.

En algún momento, un grupito de chicas se separa y una de ellas se acerca al pizarrón blanco que hay al frente de la clase. Mira a todo el mundo a su alrededor, se presenta, me ve y se le congela la cara, solo por un instante. Luego se acuerda de sonreír.

Cuando todo el mundo se acomoda, Monica Chapman empieza a soltar una charla acerca de las diferentes ramas de la química, aunque yo solo puedo pensar en una rama, de la que no nos habla: la culpable de su lío con mi padre.

Me enteré por Dusty. Fue él quien vio el mensaje en el teléfono de papá. Estaba allí mismo, a la vista de cualquiera. Papá había salido, y Dusty estaba buscando cosas para coleccionar (siempre anda coleccionando cosas, como yo). Más tarde, me dijo:

—Creí que mamá se llamaba Sarah.

—Es que se llama Sarah.

—Entonces ¿quién es Monica?

Así que el muy cerdo ni siquiera se molestó en cambiar el nombre de ella en el teléfono. Ahí estaba, claro como el agua. Monica. Para colmo, no era su teléfono habitual, sino uno que debió de comprar solo para hablar con ella. Me costó un poco más descubrir de qué Monica se trataba, pero les aseguro que ahora sé perfectamente que es ella.

En este momento comienza a hablar de la física química y yo levanto la mano.

—¿Tienes alguna pregunta, Jack?

Pienso: «Cómo no». Si logro pronunciar alguna palabra será un milagro, porque siento como si tuviera el pecho pegado en la garganta.

—La verdad es que solo quería contarle lo que sé de la física química.

El chico que está sentado a mi lado, que parece ser Damario Raines, asiente mirando a su pupitre y algunas de las chicas se voltean para ver qué voy a decir. Son todas idénticas y me pregunto si será lo que pretenden o será que no se dan cuenta. Esperan que diga algo inteligente. Se nota. Nadie más sabe lo que pasó entre Chapman y mi padre. Marcus ni siquiera se ha enterado, y prefiero que siga siendo así.

—Adelante, Jack.

La voz de Chapman suena perfectamente normal, relajada y franca, con un ligero acento de Michigan, o puede que de Wisconsin.

—La física química aplica teorías de la física al estudio de sistemas químicos. Eso incluye la cinética de las reacciones, la química de superficies, la mecánica cuántica molecular, la termodinámica y la electroquímica.

Le lanzo una sonrisa deslumbrante, comparable a las luces que brillan sobre nuestras cabezas y al sol que entra por las ventanas. Voy a cegarla con mi maldita sonrisa para que no pueda volver a ver a mi padre nunca más. Una chica que está sentada dos sillas más allá me mira sonriendo de oreja a oreja, con la barbilla apoyada en las manos. Los demás parecen un tanto extrañados y desilusionados. El Chico Que Parece ser Damario dice, mirando



a su mesa: «Amigo». Y solo con oír esa palabra, ya sé que decepcioné a todo el mundo.

—De hecho, creo que esa rama es mi favorita, la electroquímica. Porque no hay nada mejor que una buena reacción química, ¿verdad?

Después le guiño un ojo a Monica Chapman, que se queda muda durante los siguientes veinte segundos.

En cuanto recupera el habla, nos pone un examen sorpresa para «evaluar nuestras capacidades». En realidad, creo que lo hace para fastidiarme, porque corrige los exámenes en su mesa y después dice:

—Jack Masselin. Devuélvelos.

Ya empezamos.

Me levanto de mi lugar, voy al pizarrón y tomo los controles. Después me quedo parado un minuto, intentando pensar qué hacer. Toda la clase me mira, y yo los miro a ellos. Hay cuatro chicos que están claramente identificados. Otros tres que estoy bastante seguro de que no conozco y no tengo por qué conocerlos (aunque tampoco estoy total y completamente seguro). Ocho están en la zona gris, más conocida como la zona de peligro. Bueno, puedo pasearme arriba y abajo por las filas, intentando unir los nombres de la gente que conozco con sus caras. Puedo aguantar toda la mierda que me van a echar encima en cuanto quede claro que no los reconozco a todos. «Patán». «Idiota».

También puedo hacer lo que hago ahora mismo: levantar el montón de papeles y preguntarles:

—¿Hay alguien aquí que de verdad quiera saber lo que sacó?

Al fin y al cabo era un examen sorpresa, así que tampoco es que nadie se lo haya preparado. Por si acaso, paso las hojas y la mayoría de las notas son suficiente, reprobado, suficiente o suficiente. Tal y como me esperaba, nadie levanta la mano.

—¿Quién prefiere aprovechar esta oportunidad para prometerle a la señora Chapman que a partir de ahora lo hará mejor?

Casi todos levantan la mano. Estas manos van pegadas a brazos que van pegados a torsos que van pegados a cuellos que van pegados a caras que nadan hacia mí, extrañas e irreconocibles. Es como asistir a una fiesta de disfraces todos los días. Eres el único que no lleva disfraz, y aun así tienes que saber quién es cada persona.

—Por si les interesa, los voy a dejar aquí mismo.

Los coloco en un pupitre vacío al frente de la clase y vuelvo a mi lugar.

Cuando suena la campana, Monica Chapman dice:

—Jack, quiero hablar contigo.

Salgo por la puerta como si no la hubiera oído y me voy derecho a secretaría, donde les explico que tengo que cambiarme a la otra clase de química avanzada, aunque la da el señor Vernon, que tiene como cien años y está sordo de un oído. La secretaria empieza a decir:

—No sé si podemos cambiarte, porque habría que reorganizar parte de tu horario...

Por un momento me entra la tentación de decir: «Olvídelo, me quedo donde estoy». En serio, no me importa nada pasar un semestre atormentando a Monica Chap-

man. Pero pienso en mi padre cuando perdió el pelo, en lo débil que lo dejó la quimio, y en lo frágil que se veía, como si pudiera desaparecer delante de nuestros propios ojos. Recuerdo lo que sentí cuando estuvimos a punto de perderlo. Una parte de mí aún lo odia, puede que lo odie para siempre, pero después de todo es mi padre y no quiero odiarlo más todavía. Además, la verdad es que me gusta la química y... ¿para qué me la voy a arruinar?

Me apoyo en el mostrador. Le lanzo a la secretaria una sonrisa que dice: «Esta sonrisa la tenía guardada para ti y solo para ti».

—Perdone que la moleste, y no quiero incordiar; pero, por si sirve de algo, sé que podemos conseguir un permiso de la señora Chapman.



Decido saltarme la comida. Después viene la clase de gimnasia, y no creo que exista ninguna chica gorda en todo el planeta, por mucha confianza que tenga en sí misma, que no odie la gimnasia.

Así, en general, el día de hoy podría haber ido peor. Nadie me ha expulsado del patio. Por ahora solo me han mugido y se han reído de mí cuatro o cinco veces, y se me han quedado mirando un par de cientos de veces. Hay un montón de gente que ni se ha fijado y un montón de gente que me trata como a cualquier otra. Tengo al menos una amiga potencial, o puede que dos. No he sufrido ni un solo ataque de pánico.

Pero lo más duro fue algo que no me esperaba: el ver a la gente a quien conocía, la gente con la que crecí, y saber que mientras yo estaba sentada en casa ellos se hacían mayores, iban al colegio, hacían amigos y vivían la vida. Es como si yo fuera la única que se detuvo.

Así que no tengo ganas de comer. En lugar de eso, me siento en el estacionamiento, fuera de la cafetería, y

me pongo a leer mi libro favorito, *Siempre hemos vivido en el castillo*, de Shirley Jackson. Trata de una chica llamada Mary Katherine Blackwood. Casi toda su familia ha muerto y ella vive con su hermana, apartada de la sociedad, atrapada en su casa, no por culpa de su peso sino por algo horrible que hizo mucho tiempo atrás. La gente del pueblo cuenta leyendas sobre ella y le tienen miedo y a veces se acercan a la casa a escondidas intentando verla de refilón. Estoy casi segura de que entiendo a Mary Katherine como nadie puede entenderla.

Leo unos minutos, luego cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Es un día cálido, muy bonito y, aunque ya hace tiempo que no vivo encerrada en casa, creo que jamás llegaré a cansarme del sol.

La gimnasia es peor de lo que había imaginado.



Cómo no, tiene que ser Seth Powell quien diga:

—Leí algo acerca de un juego. —Dice que a lo mejor lo vio en internet, pero no se acuerda—. Se llama Rodeo de Gordas.

Y se echa a reír como si fuera la cosa más divertida que ha oído en su vida. Se ríe tanto que casi se cae de las gradas.

—Consiste en acercarse a una gorda y saltarle encima como si estuvieras montando un toro. —Se agacha, se tapa la cara, y luego da tres patadas en las gradas como si así pudiera recobrar la respiración. Cuando por fin vuelve a levantar la vista, empieza a bizquear con los ojos llenos de lágrimas—. Te agarras con todas tus fuerzas, la estrujas con ganas...

Se dobla por la mitad y se mece adelante y atrás. Miro a Kam y Kam me mira a mí como diciendo: «Qué imbécil». Seth se incorpora, todo tembloroso.

—Y el que... —ya casi no puede ni hablar— más tiempo se quede agarrado... —apenas puede respirar—, gana.

Pregunto:

—¿Qué gana?

—El juego.

—Sí, pero... ¿qué gana?

—El juego, hombre. Gana el juego.

—Pero ¿hay premio?

—¿Cómo que premio?

Seth es bastante idiota, la verdad. Suspiro como si tuviera que cargar con todo el peso del mundo, como si fuera el puto Atlas.

—Si vas a una feria y juegas en un puesto de tiro, te dan... yo qué sé, un panda de peluche o alguna mierda.

—Ni que tuviéramos ocho años.

Seth mira a Kam levantando los ojos hacia el cielo, como diciendo que vaya estupidez.

Me ahueco el afro con las manos. Así queda más grande y me gusta más. Empiezo a hablar muy muy despacio, como les habla mi padre a los extranjeros:

—Así que a los ocho años jugaste al tiro y te dieron algo por ganar.

Kam bebe un trago de la ánfora que siempre trae consigo, pero no le ofrece a nadie. Resopla.

—Claro, como que te crees que alguna vez ha ganado.

Seth me sigue mirando a mí, pero estira la mano y le da un bofetón a Kam en un lado de la cabeza. Hay que reconocer que tiene buen golpe.

Seth me mira con los ojos entornados.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Qué ganas si ganas el rodeo?

—Tú ganas. —Levanta las manos como diciendo que qué más quiero.

Podríamos pasarnos horas así, pero Kam dice:

—Tienes todas las de perder, Mass. Déjalo ya.

Entonces miro a Kam.

—¿Es que tú ya has oído hablar del Rodeo de Gordas?

Se levanta, toma otro trago de la ánfora y por un momento pienso que va a ofrecermelo. Entonces le pone el tapón y vuelve a guardarla en el bolsillo.

—Ahora sí.

Y de pronto salta de las gradas y echa a correr hacia una chica que parece que lleva una cámara neumática por debajo de la camisa. No la reconozco, pero claro, yo no reconozco a nadie. Quitando la cámara de aire, por mí podría ser mi propia madre.

El identificador de Seth no es el hecho de que sea el único chico negro del colegio que lleva cresta. Su identificador es la risa estúpida. Como es tan idiota, siempre se está riendo, y sería capaz de reconocer esa risa en cualquier lugar. El de Kam es su pelo rubio casi blanco, que lo hace parecer albino. Es la única persona que conozco con el pelo de ese color.

No tengo ni idea de quién es esta chica de la cámara neumática pero, aunque no paro de mirar, pienso que Kam no le va a hacer nada. Solo intenta que creamos que lo hará.

Y de pronto lo está haciendo. Está agarrado a la chica como un papel de celofán. Al principio puede parecer que a ella le divierte porque se trata de Dave Kaminski. Pero cuanto más rato sigue agarrado, más se agobia ella, hasta que al final parece que se va a poner a gritar, o a llorar, o las dos cosas.

Me levanto. Voy a pedirle que pare. Seth no aparta la mirada de Dave y de la chica. Se queda boquiabierto. Luego empieza a darse golpes en la rodilla mientras dice:

—¡Mierda, mierda, mierda!



Después se echa a reír y me dice algo que suena como: «Se nota que le gusta». Y yo no paro de pensar: «Di algo, idiota».

Pero me quedo callado. Y cuando ella ya está a punto de estallar, Kam la suelta. Luego empieza correr una vuelta victoriosa alrededor de la pista.

—Quince segundos —dice Seth, casi sin resuello—. Es un puto récord mundial.



# LIBBY

*Libby Strout es una gorda.*

Estoy encerrada en el baño después de clase, con un marcador permanente que rechina contra la horrible horrible pared. Hay un tampón sin usar tirado en el suelo y un brillo de labios gastado en el lavabo, aunque el bote de basura está justo al lado. Un letrero pegado en uno de los cubículos dice «FUERA DE SERVICIO» porque a alguien se le cayó (o alguien tiró) un libro de matemáticas en el retrete. Aquí dentro huele a aromatizante y a cigarrillos, entre otras cosas. ¿Dicen que las niñas son dulces como nubes de algodón? Pues no es cierto. No hay más que visitar el baño del tercer piso del colegio MVB en Amos, Indiana, para descubrirlo.

Alguien empieza a azotar la puerta.

Levanto el brazo y escribo con letras bien grandes, lo más grandes que puedo, para que todo el mundo lo vea:

*Libby Strout es una gorda.*

*Es gorda y fea.*

*Nadie se la va a coger.*

*Nadie la querrá nunca.*

Veo mi reflejo en el espejo, y tengo la cara de color be-tabel, «la verdura buena», como solía llamarla mamá, aun-que sabía que no me gustaba nada. Mamá siempre hacía lo mismo: pintaba las cosas mejor de lo que eran.

*Libby Strout es tan gorda que tuvieron que derribar su casa para sacarla.*

Son palabras textuales. Todas esas cosas se las oí decir a Caroline Lushamp y a Kendra Wu, hablando de mí, en el gimnasio. Las demás chicas estaban de pie a su alrededor, escuchando. Y se reían. Añado una o dos frases más, las cosas más horribles que se me ocurren, para no tener que oírse las a otras personas. Las escribo para que ellas no ten-gan que hacerlo. Así, no podrán decir nada de mí que no haya dicho yo primero.

*Libby Strout es la Chica Más Gorda de Estados Unidos.*

*Libby Strout es una mentirosa.*

Doy un paso atrás.

Esas palabras encierran la verdad más grande de todas y yo estoy bien hasta que las veo. Sin embargo al verlas allí, como si las hubiera escrito otra persona, se me corta la res-piración. «Ahora te pasaste, Libbs», pienso.

Sí, estoy gorda.

Sí, tuvieron que derribar una parte de mi casa.

Puede que ningún chico llegue nunca a amarme ni a querer tocarme, ni siquiera en un cuarto a oscuras, ni si-quiera después de una catástrofe cuando todas las flacas hayan sido borradas de la faz de la tierra por alguna plaga horrible. Puede que algún día consiga estar más del-gada de lo que estoy ahora y tenga un novio que me quie-ra, pero seguiré siendo una mentirosa. Y siempre seré una mentirosa.

Porque dentro de tres minutos, más o menos, voy a abrir la puerta y voy a recorrer el pasillo diciéndome para mis adentros que era de esperarse, que yo sabía que esto iba a suceder, que no podía ser de otra manera, que no importa nadie, que el colegio no importa, que nada de esto importa, que lo que cuenta es el interior. Todo lo que se encuentra más allá de esto. Las típicas cosas que a la gente le gusta decir. Además, hace mucho tiempo que dejé de sentir nada.

Solo que eso es otra mentira.

Sesenta segundos más tarde:

Salgo del baño y me doy de bruces con una chica casi tan gorda como yo. Va llorando como una descosida y mi primer impulso es quitarme de en medio. Me dice:

—¿Qué estabas haciendo ahí dentro? ¿Has cerrado la puerta con llave?

En realidad, lo dice a gritos.

—Se habrá atascado. ¿Estás bien?

Hablo en voz baja y tranquila para ver si ella me sigue la corriente.

Llora y tiene mucho hipo. Tarda un momento en contestar.

—Cerdos.

Esto ya lo dice un poco más bajo.

No necesito preguntar qué pasó. Solo quién fue. Por el tamaño de ella, puedo imaginar lo que sucedió.

—¿Quién? —pregunto, aunque tengo la sensación de que no conozco a nadie en este colegio.

—Dave Kaminski y los cerdos de sus amigos.

Me rodea para acercarse al lavabo y allí se agacha, se lava la cara, y se moja el pelo lleno de rizos negros. Lleva una camiseta de Nirvana y uno de esos collares comestibles, de caramelos. Tomo una toalla de papel y se la paso.

—Gracias. —Se seca la cara—. Dave Kaminski me saltó encima y le pedí que me soltara, pero no quería.

El Dave Kaminski a quien yo conocía era un enano flacucho de doce años, con el pelo blanco, que una vez le robó el Johnnie Walker a su padre y lo llevó al colegio.

—¿Dónde están?

—En las gradas. —Sigue hipando, pero no tanto. Levanta la vista hacia la pared y empieza a leer—. ¿Qué demonios...?

Le sigo la mirada.

—Sí, ¿verdad? Míralo por el lado bueno. Al menos, no es tu nombre el que está en la pared.



Kam sigue dando vueltas a la pista cuando las dos chicas salen del colegio. Una de ellas se queda rezagada, pero la otra cruza el campo de fútbol muy decidida. Levanta la vista un instante, hacia donde estamos, y nuestras miradas se encuentran. Luego va derecha por Kam.

Al principio él no la ve, cosa que es un milagro porque esta chica es enorme. Pero luego se nota que ya la vio y toma velocidad, se echa a reír y empieza a esprintar. Seth se siente muy derecho, como un perro que vigila a una ardilla. Susurra:

—Qué demonios...

Justo cuando se acerca la chica, Kam sale corriendo como si le hubieran prendido fuego y la chica echa a correr detrás de él. Me levanto, porque esto es lo mejor que he visto en mi maldita vida. Porque, bueno, la chica parece que vuela.

Seth empieza a aplaudir como un tonto.

—Caramba.

Se pone a gritarle a Kam mientras se parte de risa, da patadas y pisotones a las gradas. Yo, en cambio, no paro de animar a la chica:

—¡Corre! —grito, y se lo grito a ella, aunque nadie lo sabe—. ¡Corre! ¡Corre! ¡Corre!

Al final, Kam salta la valla y se echa a correr calle abajo, alejándose de nosotros. La chica salta la valla como una maldita gacela, pisándole los talones, y si no lo alcanza es solo porque en ese mismo instante pasa un camión a toda velocidad. Ella se queda de pie en medio de la calle mirando fijamente a Kam y después vuelve caminando, no corriendo, hacia el colegio. Cruza el campo de fútbol y al pasar vuelve a mirarme. No gira la cabeza, solo me sigue con la mirada. Se nota que está muy enojada.